

EL NUEVO ORDEN ECONOMICO MUNDIAL *

Celso Furtado

La "unanimidad" obtenida en el transcurso de la séptima sesión especial de las Naciones Unidas, el "Consenso" conseguido en Rambouillet por las grandes Potencias capitalistas, la importancia que se ha concedido en la segunda confrontación Norte-Sur, representan indicios claros de que "un nuevo orden económico mundial" está constituyéndose. Conviene pues plantear la interrogante: "¿Alcanzarán los países del Tercer Mundo algunos de los objetivos que se han propuesto cuando han hecho público un debate, anteriormente limitado a un grupo de expertos, con vistas a la reorganización de las relaciones económicas internacionales; o bien se introducirán modificaciones que todos indican en las reglas del juego de la economía internacional y transnacional y tendrán como único objeto resolver un cierto número de problemas de interés inmediato de las grandes naciones industriales?".

Todos se han puesto de acuerdo para reconocer que el cuarto de siglo que ha terminado en los primeros años de este decenio, representa uno de los períodos más brillantes del desarrollo de la economía capitalista. En efecto, la tasa media de crecimiento de esta última durante dicho período, ha más que duplicado la tasa alcanzada en el pasado en el transcurso de cualquier período de duración si-

(*) *Ponencia para el Primer Congreso de Economistas del Tercer Mundo, Argel.*

milar. Sin embargo, esta aceleración del crecimiento ha agravado algunas tendencias estructurales que anteriormente se habían manifestado. Es el caso de la tendencia a una concentración del ingreso en beneficio de los países que constituyen el centro del sistema, es decir, el grupo de las economías que, al ser precozmente avanzadas en la acumulación de capital, controlan la creatividad en lo técnico y definen el estilo de desarrollo.

Durante el período mencionado, el ingreso medio de la población de este grupo de países ha aumentado en 3.5 por ciento al año, mientras que el ingreso de la población de los países que componen la periferia del sistema ha aumentado en 2.5 por ciento. En 1972, en los países del centro el ingreso medio per cápita era más de trece veces superior a la tasa media de los ingresos de los habitantes de la periferia.

Esta disparidad en términos absolutos y en la tasa de crecimiento ha hecho que el ingreso del centro aumentara este año en 120 dólares por persona y solamente en 7 dólares en la periferia. Además, una parte creciente de la riqueza que se acumula en los países de la periferia pertenece o está controlada por empresas o ciudadanos del centro, lo que engendra un flujo creciente de recursos reales de la periferia hacia el centro, el que ejerce presiones sobre las relaciones internacionales con el objeto de debilitar la posición de los países periféricos.

Debido a las asimetrías que caracterizan las relaciones centro-periferia, algunas economías controlan las tecnologías de vanguardia y tienen la iniciativa de la introducción de productos nuevos, mientras que los otros imitan las corrientes de progreso; los modos de vida y los valores que dominan en los países periféricos están más o menos bajo el control de las empresas transnacionales del centro. El estilo de desarrollo impuesto a las poblaciones periféricas, basado como lo está en un conjunto de bienes cada vez más diversificados y sofisticados, provoca la concentración del ingreso y se encuentra en el origen de toda una variedad de problemas sociales.

Así, la aceleración del crecimiento ha exacerbado dos tendencias estructurales del sistema capitalista: la concentración del ingreso a favor del centro y la agravación de las desigualdades sociales en la periferia. Estas son tendencias seculares que se han agravado. Pero existe una tercera tendencia que también nos interesa directamente y que procede de las modificaciones estructurales aparecidas en el sistema después de la segunda guerra mundial. Se trata del crecimiento más que proporcional de las actividades económicas inter y transnacionales. A la inversa de lo que ocurrió entre las dos guerras, que fue un período de creciente autarquía de las economías, en el último cuarto de siglo, las actividades internacionales han crecido en el mundo capitalista mucho más rápidamente que el producto global de dichas economías. Aún más: las actividades transnacionales, es decir, las de las empresas que se organizaron al nivel de la producción en un espacio que comprende numerosos países se han extendido aún mucho más rápidamente que las relaciones económicas internacionales de tipo tradicional. Ahora bien, lo que caracteriza a estas actividades transnacionales es el hecho de que gran parte de ellas escapan al control de los centros nacionales de decisión. En una época en que los estados nacionales realizaban considerables progresos en la coordinación interna de las actividades económicas, el conjunto de las que indicaban la mayor expansión —sector importante en la dinámica del sistema— alcanza su autonomía, se transforma en un incontrolable foco de inestabilidad y en cierta medida traumatiza los centros nacionales coordinadores de las actividades económicas. Dicha situación refleja en gran parte el poder creciente que ejercen las empresas transnacionales, cuyos planos de racionalidad no coinciden necesariamente con aquellos de los países, considerados aisladamente, en los cuales actúan. La especificidad de la crisis actual reside precisamente en esto: el sector más dinámico del capitalismo actual escapa a los sistemas de control disponibles y puede hacer fracasar las medidas correctoras que, por

su parte, cada país podría tomar. Para recuperar una parte de la capacidad de control perdida de los gobiernos de los Estados del centro tuvieron que aceptar considerables márgenes de cesantía y someter sus respectivas economías a un procedimiento de enfriamiento. Sin embargo, por más elevado que sea el precio que se está dispuesto a pagar para mantener bajo control economías nacionales, las condiciones sociales en esos países no permiten renunciar al crecimiento y este último depende del dinamismo de las actividades internacionales. Si se pretende evitar los impactos de las oleadas intermitentes de inestabilidad, que podrían poner en peligro la existencia misma del sistema capitalista, el regreso a unas políticas de pleno empleo tendrá que pasar por nuevos mecanismos de coordinación y de control inter y transnacional. Así, los países del centro se han convencido de la necesidad de modificar las reglas del juego.

Una auténtica reforma del orden económico internacional obliga por lo tanto a abordar dos tipos de problemas:

- a) vinculados a la coordinación y al control de las actividades transnacionales, en particular en la creación de liquideces y a las transferencias a corto plazo, de activos financieros;
- b) vinculados a las estructuras responsables de la doble concentración del ingreso a las que nos hemos referido ya.

Resulta inútil decir que es totalmente posible aislar estas dos categorías de problemas o pretender que uno de ellos exige soluciones más urgentes que el otro. Así es como los países del centro durante mucho tiempo han persistido en tratar únicamente los problemas del primer tipo, acentuando sus aspectos técnicos. En el entusiasmo de la victoria lograda por la OPEP en 1973, los países periféricos no han dejado de hacer resonar estas cajas de resonancia que son las asambleas generales de las organizaciones internacionales, para que se aborde, de manera amplia y valerosa, la segunda serie de problemas.

LA RELACION DE FUERZAS

Si se considera la posición de fuerza que ocupan los países del centro, y en particular los Estados Unidos, en las relaciones económicas inter y transnacionales, uno más bien se sorprende por el hecho que la reciente agitación de los países periféricos haya suscitado interés y hasta cierta inquietud.

Finalmente, no se multiplican desde ayer en las Naciones Unidas los discursos sobre el "empeoramiento de los términos del intercambio" de los países con economía dependiente, la explosión de su deuda externa y otros asuntos similares. Llegado el caso, se creaba una nueva caja de resonancia como la ONUDI y la UNCTAD donde se lanzaba una campaña de fachada tal como el Decenio del Desarrollo seguido por el Segundo Decenio, sin que resulte de ello nada fundamental. Sin embargo, existen unos indicios que muestran que la presente situación es cualitativamente diferente: numerosos procesos provocados por la aceleración del crecimiento en el centro o por las modificaciones de estructura del capitalismo en la postguerra, han conducido, al parecer, a una modificación en la relación de fuerzas. A pesar del abismo que se profundiza entre los niveles de vida de la población del centro y aquellos de las poblaciones de la periferia, a decir verdad, esta última representa cada día más, un elemento de creciente importancia en la dinámica de todo el sistema. En el cambio de aquella relación de fuerzas, tres factores han contado de modo significativo. El primero fue el desmantelamiento de las antiguas estructuras coloniales. Se entiende que Estados Unidos lo hayan considerado favorablemente, puesto que se trataba de modernizar las instituciones del mundo capitalista y de favorecer la creación de importantes empresas. Pero las consecuencias en el terreno político de este amplio proceso de liberación de los pueblos empieza a aparecer sólo en nuestros días.

Un rápido crecimiento demográfico junto a un acce-

so a la información siempre más grandes han desencadenado fuerzas de las que apenas se empieza a percibir las proyecciones internacionales.

También hay que considerar como segundo punto la importancia siempre acrecentada de los recursos no renovables de la periferia, así como la de su mano de obra, para el funcionamiento y aún más, la expansión de las economías centristas. No sólo Europa sino también el Japón se encuentran en esta situación. La dependencia de los Estados Unidos de las fuentes de abastecimiento externo en productos estratégicos se ha acrecentado de manera considerable y está aumentándose.

El tercer punto a señalar, trata de la evolución política anterior aparecida en los países periféricos. En la mayoría de éstos, independientes desde hace poco, no existe una verdadera burguesía local. Los intereses coloniales ayudados por unos grupos de "expatriados" se apropiaban de casi todo el excedente lo que no permitió la expansión de una burguesía nacional funcionalmente integrada en la economía de exportación, tal como las burguesías brasileñas —del café— o aquellas argentinas de la ganadería. De esto resulta la ascensión rápida de las burocracias civiles y militares que se han formado alrededor de los nuevos Estados nacionales. Frente a los expatriados que quedaron, a las empresas extranjeras y a las autoridades locales con espíritu tribal, las nuevas burocracias aparecen como el único grupo social capaz de asumir el interés nacional. Pero las burocracias no se llevan en las estructuras del poder solamente en esos Estados nacientes. En los países periféricos exportadores de recursos mineros, el Estado representa la fuente principal de capitales; como se puede observar en los países exportadores de petróleo, independientemente de la existencia de otras actividades económicas de cierta importancia, la expansión de las del sector público está en la base de un poderoso grupo social. Dado que los recursos mineros eran explotados en su casi totalidad por unas compañías extranjeras, se creó una situación que permitió a los grupos que con-

trolaban el Estado beneficiarse con el crecimiento del mismo, y asegurar "el interés nacional" cada vez que luchaban por este crecimiento. En otros países periféricos la situación es menos clara, pero la tendencia va en el mismo sentido. Como tendía la industrialización por "sustitución de las importaciones" a ser controlada por empresas extranjeras, las burguesías locales llegaron a ocupar posiciones subalternas en el sistema de producción. Así, una empresa como Volkswagen tiene en su circuito en Brasil cerca de 1.300 empresas intermedias que están en su mayoría controladas localmente. Sin embargo, la viabilidad de dicha industrialización resulta, en gran parte, de la creación por el Estado de una infraestructura moderna y del financiamiento público de las industrias que tienen una repercusión lenta del capital, como la siderurgia. Así se implanta un poderoso grupo de empresas controladas por el Estado o conjuntamente por este mismo Estado y grupos extranjeros. Por último, un conjunto de factores contribuyó a la formación de un amplio sector de Estado que reúne poderosas empresas y goza de una larga autonomía frente a la burguesía local.

En resumen, se puede admitir que hubo una evolución global e interior del sistema capitalista en los países de la periferia que tuvo importantes proyecciones en las relaciones económicas internacionales. La decisión histórica de la OPEP en 1973 evidenció la existencia de una situación objetiva nueva y contribuyó a acelerar de manera dinámica, la toma de conciencia de la nueva situación, de donde resultan la movilización, el entusiasmo y quizás la confianza excesiva con los cuales empezaron a hablar numerosos líderes del mundo periférico. Pero persisten las dudas en cuanto a la capacidad de aquellos países de pesar efectivamente sobre las decisiones que se van a tomar. El período durante el cual se tomará dichas decisiones, muchas de las cuales serán difícilmente reversibles, y por consiguiente comprometerán mucho el futuro, será probablemente mucho más corto de lo que se cree. Pues bien, la iniciativa pasó totalmente a manos de los países

del centro. Por un hábil cambio de actitud que dejó perplejos a Tirios y a Troyanos, el Gobierno de los Estados Unidos inundó la Asamblea extraordinaria de las Naciones Unidas con proposiciones cuyo "estudio" podrá tener ocupada a la burocracia internacional durante largos años. Todas estas proposiciones tienen dos caras: por un lado consisten en favores financieros, facilidades para una transferencia de tecnología" y concesiones del mismo tipo que no afectan las reglas del juego; por otro, representan una tentativa de fortalecer la posición de las empresas internacionales y de los centros de decisión, Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial, nacidos en una época en que la posición económica de los Estados Unidos le permitía ejercer sin oposición una firme tutela sobre la economía internacional.

Es verdad que los Estados Unidos luchan sobre dos frentes: con los países periféricos para evitar cambios en la estructura del sistema y con los demás países del centro para mantener la posición privilegiada de que gozan en los centros de coordinación y de control de la economía internacional. Si se tiene en cuenta el hecho de que la importancia de estos centros de decisión está aumentando, puesto que el objetivo común consiste en reducir la inestabilidad de la economía inter y transnacional, y que el peso relativo de los Estados Unidos en las transacciones internacionales ha acusado una decadencia notable, se vuelve evidente la fragilidad de la postura norteamericana. Este doble frente de lucha que defiende el Gobierno de los Estados Unidos, refuerza la posición de los países periféricos, los cuales han encontrado en países del centro que luchan por mejorar su status, en particular Francia, aliados en los momentos decisivos. Por esta razón, "el espíritu de Rambouillet" no puede dejar de debilitar la posición de los países periféricos. Si ha de creerse a una información publicada en la prensa, en Rambouillet los norteamericanos aceptaron por primera vez someterse a un comienzo de disciplina vigilada, es decir, compartir con las demás grandes Potencias capitalistas el poder de

tutela sobre la economía internacional que durante los tres últimos decenios han ejercido prácticamente solos. Hay que reconocer que la creación de un "sistema de co-responsabilidad" de las grandes Potencias en la gestión de la economía internacional debilitará necesariamente la posición de los países de la periferia.

AGENDA PARA EL FUTURO

Por lo tanto, los países de la periferia se enfrentarán a los países del centro durante la próxima Conferencia Norte-Sur desde posiciones considerablemente debilitadas. A esto también se debe añadir la ausencia de ideas claras, relativas a la manera de lograr los objetivos fundamentales.

La agenda de dicha Conferencia limita por sí misma la temática que puede ser examinada, lo que implica un riesgo notable de compromiso alrededor de decisiones que podrían desviar los países periféricos de sus fines fundamentales. Aunque no se pueda hablar de objetivos compartidos por todos los países periféricos, existe un consenso sobre ciertos puntos, aparecido luego de importantes discusiones en numerosos cenáculos internacionales a partir del período de sesiones extraordinarias de las Naciones Unidas. Refirámonos a unos puntos que resaltan de este amplio debate y que merecen ser incluidos en una estrategia a largo plazo.

- a) Necesidad de reorganizar el sistema de decisiones que enmarcan las transacciones inter y transnacionales.

Esta reorganización exige la articulación de los países de la periferia en instancias intermediarias de decisión. La mayoría de aquellos países tiene menos de cinco millones de habitantes y es técnica y financieramente incapaz de controlar y utilizar las numerosas informaciones que alimentan el sistema de las decisiones internacionales. No se trata de limitar la individualidad de los países ni de indu-

cirlos a renunciar a la defensa efectiva de sus intereses, sino precisamente de crear instancias mediadoras que permitan definir los problemas comunes de ciertas regiones o especializaciones. Una agrupación regional puede incluir subgrupos y la participación de un país en un grupo funcional (exportador de petróleo) no excluye su participación en otros grupos funcionales (mineral de hierro, metales no ferrosos, etc.). Lo que importa es que en la confrontación al nivel más elevado, se manifiesten delegados que representen efectivamente grupos de países y que los grupos más significativos de los países que componen el mundo periférico, puedan, cuando sea necesario, articularse de manera rápida y efectiva alrededor de problemas concretos. El objetivo que debe lograrse será obtener un derecho de veto, cada vez que estén en juego los intereses fundamentales del mundo periférico.

b) Necesidad de elevar el trabajo en la periferia

El valor del trabajo cambia según los países en función de la dotación media de capital por persona ocupada. Sin embargo, dado que la acumulación de capital producida en el sistema capitalista se ha concentrado en ciertas zonas (los países del centro), el valor del trabajo varía mucho, independientemente de las características físicas del producto de ese trabajo. Es así como el obrero de una industria electrónica situada en la periferia, puede ganar menos de la décima parte de lo que gana un obrero que en el centro realiza el mismo trabajo, aunque ambos sean empleados en la misma empresa, utilicen la misma técnica y produzcan para el mismo mercado. Según la teoría corriente del comercio internacional, se debería vender el producto originario del país de la periferia a un precio mucho más bajo, lo que permitiría alejar del mercado a los competidores. Pero, en la práctica, esto ocurre en muy pocas ocasiones porque a la empresa le puede convenir "administrar" el precio de aquel producto, esto con el fin de no crear problemas en los países con salarios

elevados, lo que permite absorber la plusvalía procedente de los salarios bajos de la periferia. ¿Y qué decir de los productos tales como los productos tropicales que no encuentran sino mediocres sucedáneos en los grandes mercados consumidores? La teoría de la especialización internacional nos explica que para el Brasil es más provechoso producir café, pero se nos informa poco sobre el precio según el cual se debería vender el café en el mercado internacional. El parámetro que permite medir la ventaja de producir café se funda sobre las condiciones de vida del trabajador rural en la economía de subsistencia: la productividad media de la economía brasileña aumenta cuando se transfiere a un trabajador de la economía de subsistencia hacia una plantación de café. Pero nada impide introducir otro parámetro que tiende a sustraer el precio internacional del café de la influencia del bajo nivel de vida de la población rural brasileña. En una época en que el Brasil suministraba los tres cuartos de la oferta internacional de café, el Gobierno brasileño intentó "administrar" el precio de este producto, y esto con cierto éxito, introduciendo una disciplina en la oferta. El Gobierno de los Estados Unidos utilizó una práctica similar con el fin de defender el ingreso real de los agricultores de dicho país; también recurrió a esto más recientemente la CEE. El economista, y hasta el más ortodoxo sabe que se crean en los mercados imperfectos plusvalías a favor de tal o tal agente. En los mercados agrícolas, las asimetrías son evidentes porque la demanda está casi siempre mucho más concentrada que la oferta. En un orden económico internacional que pretende eliminar la explotación de un pueblo por otro, el parámetro que fija el precio de la oferta en los mercados internacionales de productos tales como el café, el cacao y otros productos similares, debería ser el valor medio de la mano de obra en el conjunto de los países que integran este mercado. Admitimos que el valor del trabajo refleja, en las economías capitalistas, el ingreso medio de la población. Dado que el ingreso medio de la población periférica se sitúa entre 20 y 25 por

ciento del ingreso medio del sistema capitalista, y puede ver fácilmente la distancia considerable que hay que cubrir si el objetivo consiste efectivamente en lograr este orden económico mundial "justo" al que tan a menudo se refiere en los discursos. No se trata de distribuir de nuevo el ingreso en el sentido de una transferencia hacia los países pobres, de recursos que representan el fruto del trabajo de la población centro. Sólo se trata de reconocer al trabajo que se incorpora a las actividades internacionales, y por lo tanto que interesa a todos los pueblos, un valor correspondiente a la productividad media de la economía capitalista. En la medida en que aumenta esta productividad, el parámetro utilizado para evaluar el valor del trabajo, también deberá aumentar. No se trata de establecer precios rígidos, sino precisamente de disciplinar estas fluctuaciones y reconocer un valor mínimo al trabajo, cuyos frutos son compartidos por todos los pueblos. No se trata tampoco de crear más aristocracias obreras en los países periféricos sino de acrecentar y defender el ingreso real de toda la población de dichos países. Si se quiere evitar perturbaciones de cualquier tipo en los mercados, no se puede lograr tal objetivo sino por etapas. En la formación de los precios de los productos mineros, la mano de obra directamente utilizada ha representado casi siempre un factor secundario. Un recurso no renovable es un patrimonio cuya destrucción concierne tanto a las generaciones presentes como a las futuras. El hecho de que unos grupos privados se hayan apropiado de estos recursos, tanto en los países periféricos como en el centro, y los hayan explotado sobre la base de criterios que resultan de intereses privados, representa una de las taras más graves de nuestra civilización.

En el siglo XVI los Reyes de España concedían "cartas de capitulación" que autorizaban a personas privadas para conquistar un país. Provisto de una de dichas Cartas, Francisco Pizarro conquistó el Imperio inca, decidiendo en función de su propio interés para disponer de todo lo que encontraba: objetos de oro, la expresión superior de

esta cultura, fueron fundidos en gran cantidad para ser vendidos en barras. La actual situación respecto a la explotación de recursos no renovables, es similar: unas compañías internacionales han obtenido a vil precio, a veces por parte de gobiernos fantoches, establecidos por Potencias imperialistas, concesiones para explotar petróleo, y han alienado este patrimonio en función de sus intereses más inmediatos.

Sin embargo, aquella explotación expoliadora de recursos no renovables no sólo cayó sobre los países dominados. También en los Estados Unidos, una concepción demasiado "privativista" del problema condujo a la destrucción de un inmenso patrimonio con graves consecuencias para las generaciones futuras, en particular en el terreno ecológico. Este horizonte a corto alcance en la utilización de los recursos no renovables influyó poderosamente en la orientación del progreso técnico y transformó nuestra civilización en una máquina infernal cuyo funcionamiento creó en el universo una utopía creciente, es decir, una serie de procesos irreversibles en el sentido de la desorganización del mundo físico.

Es un problema que interesa a todos los pueblos y cuya solución tendrá que encontrarse en la definición de un precio mínimo para todos los recursos no renovables, en la línea de lo que el Gobierno de los Estados Unidos está proponiendo para el petróleo. Aquellos precios mínimos tendrán que representar el punto de partida para una elevación complementaria gradual en el futuro con el fin de orientar de nuevo el progreso técnico para asegurar una economía progresiva de estos recursos. El futuro aumento gradual de los precios podría aparecer bajo la forma de una tasa cuyo ingreso sería destinado a los pueblos más pobres.

- c) Necesidad de someter la creación de la liquidez internacional al servicio de la solución de los problemas más urgentes para la humanidad.

El hecho de que los Estados Unidos mantengan casi

exclusivamente y ejerzan para su propio beneficio la facultad de creación de liquidez internacional, constituye uno de los aspectos más condenables del actual orden económico. No hay duda que las transferencias de recursos que provoca este privilegio, aparecen en general en detrimento de otros países centristas. El problema no es tanto de evitar aquellas fatales transferencias, dada la forma no equilibrada que asume la expansión de la economía internacional. Se trata mucho más de disciplinar de manera efectiva, la creación de liquideces, reduciendo los focos de inestabilidad y la acción de los especuladores y de orientar la liberación de los recursos que provoca la expansión de los medios de pago internacional, para la solución de los problemas más urgentes que sufren los países más pobres.

d) Necesidad de descentralizar el sistema industrial en provecho de la periferia.

Se trata de un objetivo que, bajo numerosos aspectos, interesa también a los países del centro confrontados con los problemas relativos a la supercontaminación y a la necesidad de recurrir a una mano de obra extranjera creciente, difícil de integrar en el terreno social.

Si se descentraliza la actividad industrial hacia países de mano de obra abundante, hay que admitir que la actual orientación del progreso técnico hacia una densidad creciente del trabajo por obrero, va a modificarse espontáneamente, lo que contribuirá a cambiar la doble tendencia a la concentración del ingreso, a la cual nos hemos referido. Pero esta desconcentración no debería realizarse sin que primero se examine simultáneamente el problema de valorización de la mano de obra en la periferia. Sin embargo, está emprendiéndose y en ciertos casos ha progresado ya considerablemente, como proyecto de las empresas transnacionales que encuentran en esto una fuente suplementaria de plusvalía. Como subproducto de esta desconcentración geográfica controlada por empresas transnacionales, las actividades industriales ya existen-

tes en los países periféricos, y unidas a los mercados internos, están pasando por un proceso de modernización, agravando así las desigualdades sociales. Pero si se considera el problema de valorización de la mano de obra —lo que no se debe interpretar tanto como elevación de la tasa de salario de un grupo determinado de trabajadores sino como apropiación de la colectividad, de una gran parte del excedente creado— la desconcentración industrial podrá representar un factor decisivo para reducir, tanto las desigualdades sociales, como las desigualdades internacionales; traerá al mismo tiempo, beneficios efectivos a los pueblos de las naciones superindustrializadas.

e) Modificación del tipo de desarrollo

Esta parte, que contiene todas las precedentes, es mucho más que un complemento. Es evidente que el estilo de vida que prevalece en nuestros días en el centro del sistema capitalista, no puede universalizarse, si se considera entre otros aspectos su costo enorme en término de recursos no renovables. La periferia nunca podrá ser la reproducción del centro. El desarrollo económico, es decir, la acumulación de capital y la asimilación del progreso técnico, creará obligatoriamente en la periferia, una sociedad mucho más desigualitaria o mucho más igualitaria que aquella que prevalece actualmente en el centro. Las tendencias estructurales en el sentido del actual "orden económico" mundial operan inexorablemente en el sentido de la agravación de las desigualdades en la periferia. Esta tendencia percibida de manera patente en la inmensa pérdida, de recursos escasos que trae con ella la reproducción de los modos de vida del centro por las minorías privilegiadas de los países pobres, representa una de las causas decisivas de la movilización que se está realizando a favor de la institución de un nuevo orden económico mundial. Modificar este estilo de desarrollo en el sentido de la marcha hacia una sociedad más igualitaria en los países de

la periferia, significa planificar el consumo antes de racionalizar la producción, es decir, hacer prevalecer la lógica de los fines sobre la lógica de los medios. No hay duda que la evolución en aquel sentido depende esencialmente de las fuerzas sociales que actúen en cada país. No es por eso menos verdad que la acción de las fuerzas exteriores puede hacer fracasar esta evolución, ya que las empresas transnacionales son las que se benefician principalmente por la continuación de las actuales tendencias. Podemos esperar que un nuevo orden económico mundial creará condiciones que permitirán a los pueblos realizar sus opciones sin presiones exteriores, al mismo tiempo que encontrarán un apoyo internacional cada vez que el esfuerzo de reconstrucción social tenga una repercusión negativa en el plan económico a corto y mediano plazo.

Nadie puede prever si los esfuerzos que actualmente los países del Tercer Mundo están realizando para llegar a modificaciones efectivas en el orden económico mundial, tendrán o no éxito, ya que los recientes acontecimientos conducen a adoptar una actitud más bien pesimista. Pero no hay duda que la persistencia de las tendencias actuales en el sentido de una creciente desigualdad, actúa como un acumulador de fuerzas que corren el riesgo de modificar de manera imprevisible y hasta trágica, el curso de nuestra civilización.